CARTA AL EDITOR

INEQUIDAD Y VACUNAS

Estimado Editor:

En la conferencia con que se clausuró el reciente Congreso Mundial de Infectología Pediátrica en Santiago, el profesor Mulholland mostró números estremecedores de mortalidad infantil en países del Tercer Mundo, en cifras de magnitud tal, que uno tendía a pensar en la existencia de un error en los porcentajes, refiriéndose los datos realmente a 100.000 habitantes y no a cien.

Al momento de señalar las deficiencias en inmunizaciones, el expositor mencionó que el desarrollo de modernas vacunas, cuyo alto costo las hace inalcanzables para estas naciones, que realmente las necesitan, y accesibles sólo para los habitantes de los países ricos, quienes las precisan mucho menos, constituye un dilema ético en cuanto significa una carencia de equidad. En forma subliminal, este pensamiento, muchas veces escuchado en distintos auditorios, cuestiona el progreso científico. Si bien sería una absoluta inequidad ensayar las vacunas en niños de los países pobres para utilizarlas en países ricos, no hay falta alguna en desarrollar más y mejores vacunas, quienquiera que vaya a luego usarlas.

Una vez más, los médicos hemos aceptado como justa sobre nuestra conciencia una carga que no nos corresponde. No, no somos culpables quienes las indicamos, las distribuimos y cooperamos en alguna manera a su perfeccionamiento. La injusticia es anterior a las vacunas; no es médica, sino política. Los niños de las zonas paupérrimas de África no mueren por falta de inmunizaciones, sino por falta de alimentos, y de este déficit no podemos culpar a la FAO, la ONU o a las grandes potencias de la actualidad. Por cierto que evitar la meningitis a dichos niños es muy laudable, pero ello no les asegura el futuro, seriamente amenazado por la desnutrición, la incultura y la continua inminencia de conflictos étnicos, religiosos o territoriales, que suelen adquirir ribetes de inimaginable barbarie.

La culpa no está a nivel médico, sino a nivel político. Primero expoliados por las potencias coloniales del siglo XIX, al alcanzar su independencia en el siglo XX, los territorios supuestamente liberados cayeron en la explotación por sus nuevos gobernantes. Estos, generalmente educados en el exterior y por ello más capacitados, o bien dueños de la fuerza armada, al llegar al poder hicieron lo que habían

visto hasta entonces hacer a los colonialistas, tal como el niño abusado se torna abusador al llegar a la edad adulta. No está demás recordar a la feble memoria humana la fastuosa coronación del emperador Bokassa I, con importación de orquídeas y de champaña desde remotas naciones, o los excesos célebres de Idi Amin, o la increíble fortuna personal acumulada por Mobutu luego de treinta años de desgobierno.

Las naciones más desarrolladas a través de los organismos de Naciones Unidas o merced a programas propios, no pueden intervenir en la génesis del poder político y sólo lo hacen cuando ven amenazas directas a sus intereses, limitándose en tiempos "normales" a acciones en educación y salud, en un razonable orden de prioridades, pero tales intervenciones resultan absolutamente insuficientes en países donde la equidad es una palabra desconocida y donde el sometimiento de los individuos a poderes brutales e injustos constituye, por desgracia, una histórica y aceptada forma de vida.

No, no aceptemos una carga moral que no nos corresponde. Como científicos y como médicos, nuestro sueño será siempre el desarrollo de mejores elementos para combatir las enfermedades. Si ellos van a ser aplicados primero en naciones ricas, no olvidemos que así ha ocurrido con todos los adelantos de la humanidad, incluyendo la electricidad, el motor a explosión y la penicilina, y que corresponde a los países desmedrados desarrollarse para alcanzarlos y entregarlos a su población. Para ello, sin embargo, se requiere trabajo sistemático, esfuerzo continuado y austeridad. No se puede vivir mendigando una perenne ayuda: primero debe cada pueblo ayudarse a sí mismo, haciéndose digno de ella y demostrando que no irá a parar a los bolsillos insaciables de una clase política.

Finalmente, cabe preguntarse si, más que vacunas contra las enfermedades infecciosas, lo que el mundo requiere con urgencia son vacunas contra las enfermedades del alma, permitiendo que en un utópico futuro podamos decir con orgullo, como hombres plenos, que somos seres civilizados. Porque hoy, indudablemente, no lo somos.

Saluda atentamente a Ud.,

*Walter Ledermann D.
Unidad de Segunda Infancia
Hospital Luis Calvo Mackenna*